

## Mañicas

A la puerta de su casa —que suele ser un bajo o un entresuelo— se lee escrito con no poco empaque y trazos a veces indelebles: "REPARACIONES. ARREGLOS. COMPOSTURAS". Un cristal roto, astillado, surcado por una larga diagonal sujeta el papel a la madera. Es norma que los esquinales de metal nunca estén completos. Casi siempre falta alguno. Y cuando no es así, son de distinto color y material. La gente acude al establecimiento sin pedir hora ni guardar turno, esperanzada, ilusionada, con mucha ilusión, con más ilusión que cabe en un cuerpo; siempre aconsejada por alguien que, ante su desazón, se ha permitido pronunciar la palabra mágica: "¿Y por qué no vas a ver al tío Mañicas?"

El tío Mañicas grita "adelante" con voz nada melificada y al tiempo de hacerlo tira de una cadena de bicicleta que hace girar un pirón que, a su vez, tensa un cable que recoge una cordeta de esparto provocando la exoneración del pestillo de la puerta. Entonces, en felicísimo acorde, suena una especie de artefacto chino de fabricación casera debidamente acondicionado con esquilas, cencerros y calabazas totaneras.

—Vd. dirá.

Y en el acto de escuchar el problema que se le plantea no levanta más la vista que un médico del seguro. El hombre está a lo suyo. Escudado en su mesa, inmerso en un centenar de piezas, trata de recomponer la bomba desahuciada de un pozo artesiano, una bomba dada por inservible por lo peritos y los ingenieros. No es infrecuente que la mesa sea un banco de carpintero, un banco o bancada con torno y todo. En ella, sobre la mesa ajada y vieja, grasienta y desportillada, nunca faltan alicates, martillos, cizallas, corbillas, clavos, tirafondos, puntas, alcayatas, jofainas, jarros de cinc y de esos otros de loza que, de antiguo, llaman "pericos, sirvientes los unos y los otros para exonerar los líquidos del cuerpo en reñida lucha entre el apremio y la pereza.

En el rostro de un Mañicas jamás se detecta altanería o displicencia. El tío Mañicas tiene el cero grave y trabaja mientras escucha, porque, en caso contrario, nada más haría que recibir noticias de paraguas que no abren, cisternas que silban como boas, relojes de cuco en huelga de picos caídos, somieres distendidos y ollas pronto que cada dos por tres escupen el pito. Escucha el tío Mañicas con paciencia de confesor de parroquia, con desinterés aparente de psiquiatra, siempre presente la sonrisa fina y prieta, el oído al sesgo, abierto y atento, el ojo amoratado y distendido, preso como un barbo en el anillo del monóculo de aumento. Y de pronto, sin venir a cuento, salta y dice:

— ¡Ya está!

— ¿Ya está? Pero si aún no acabé de decirle...

—Digo que ya está.

La mano dura, recubierta de pelo hasta las uñas, oprime ahora a fondo el destornillador, porfía, gira, oprime la cabeza de hierro entre la vieja maquinaria del reloj de pared, que ya suena, ¡suena!, al principio como cuando gorgotea un grifo; luego con fatiga de tren que se aleja. El tío Mañicas deja a un lado el reloj y atrapa a región seguido un cacho de lebrillo, y otro, y otro, y varios cachos más; los une, los vuelve y revuelve, no casan, les da vueltas, fija, al fin, cada uno en su sitio, y se apresta a mezclar la masa y a meter las laras.

—¿Decía Vd.?

No es que se haga de rogar ni que se dé pisto de sabio distraído el tío Mañicas , es simplemente que su madre lo parió con tal porte, más bien cachazudo y de andar remiso, que hay oficios que están reñidos con la prisa. Este de componer requiere hombres más tocineros que magros, que bien pudieran, si el oficio les va mal, dar en venteros o regir una funeraria, oficio éste último que también suele requerir peso y probada paciencia, que la gente no se muere cuando quiere, sino cuando puede y le llega la hora.

En cualquier rincón del taller, el tío Mañicas tiene un gran perchero con numerosos ganchos. En uno cuelga el delantalón de tejido azulmarinogalipotado que usa para limar metales; en otro, el de lona camionera que emplea para colocar los aros metálicos a los toneles; más allá, el mono de reparar ascensores; inmediatamente después, la gorra, la pelliza y la caja de herramientas recuerdo de sus antiguas salidas domiciliarias. Diré a este respecto que la gran aspiración de todo mañoso es dejar algún día el azar de la calle; que ya se sabe: unas veces el frío y otras el calor, son motivación suficiente para entrar en la taberna más de la cuenta y hacerse un borrachuzo habitual. Consecuentemente lo más juicioso es tratar de cambiar cuanto antes el rumbo trajinante por la vida sedentaria del negocio propio, adonde los clientes llegarán alertados por la fama, fama que él no se cuidará siquiera de propalar ya que serán sus obras (obras son amores y no buenas razones) las que le acrediten en la profesión y agranden su parroquia. Quizá por esto, en el ánimo de todo tío Mañicas late vivaz un temperamento de mucho asiento, de una pachorra que se advierte por la vasta correa con que sujeta el abultado, rebosante vientre. Y hasta sé de cierto Mañicas que, cansado de arrastrar la caja de los aperos de faenar, decidió en buena hora establecerse en el cornijal de dos calles confluyentes, y así estuvo, aguantando veranos e inviernos, hasta que un día un alma caritativa le permitió utilizar el entresuelo a condición de que su mujer ejerciera como portera y se cuidara de limpiar los mármoles de la escalera y de quitar el polvo de la boca abierta del león del pasamanos.

—Pues veré, yo vine porque mi vecina, la Santa del Merguizo, me dijo que...

El tío Mañicas , ungado de un semblante bondadoso y desenojado, la mira con paciencia benedictina desde su vieja silla de morera renegrada y áspera arqueando las cejas cuanto éstas dan de sí, apretando las pupilas para que la radiante luz que entra por la ventana no se las abra. O quizá mira así porque los bichos de la impaciencia le mordisquean las vísceras urgiéndole a interrumpir la conversación para ir hasta el rincón donde el soplete y la barra de estaño se muestran como una tentación irresistible. Y ya tenemos al tío Mañicas nuevamente en acción, teniendo entre manos, unida parte con parte, la quebrada raíz del velón de cobre que se deshizo con un extraño, ¡plaf!, más que de viejo por los solícitos cuidados de la señora Elvira, ama de llaves de los señores de Gómezruiz, limpia como los chorros del agua, que ni un solo día dejaba de darle sidol.

Ver a un tío Mañicas con algo roto en la mano es visión que acogota y deslumbra. En trance tal, al tío Mañicas se le agrandan los ojos de pronto, como a los gatos cuando acusan en la sombra la presencia de un ratoncillo, las carnes le bullen, los pelos de los brazos se le erizan, mientras el hombre da vueltas y más vueltas a las partes rotas del objeto, lo sube, lo pone a la luz, al trasluz, piensa, cavila, guira un ojo, luego el otro, arruga el morro, se pasa el antebrazo grasiento por la nariz, se la limpia en un ovillo de

hilos de algodón que saca del bolsillo trasero del mono y que acto seguido coloca en el de la camisa, a la altura del corazón, por donde pasa uno de los ángulos del peto; y ya no abre la boca sino para exclamar:

— ¡Ya está!

El tío Mañicas no se ampara ni poco ni mucho en frases de tapadillo. No es por lo general hombre dengoso. Tampoco vesánico. Y por supuesto que nada parlotero. De hecho dudo que haya existido jamás un tío Mañicas con demasiada labia. El tío Mañicas es antípoda del mucho hablar; lo suyo no es la presunción sino la acción. Lo suyo es actuar siempre, indefectiblemente, consciente del riesgo que corre en cada reparación: la posible pérdida de su crédito profesional. Y esa es cuestión que condiciona no poco y que obliga a hacer malabarismos para hallar las posibles causas de la trabazón de una pieza mecánica o la naturaleza de un componente graso que se enreda entre los volantes haciendo quebrar la cuerda espiral. No hay censado, que se sepa, ningún tío Mañicas revolucionario o instigador de masas. El tío Mañicas vive de puertas adentro, de espaldas al mundo, recluido en su fanal, encerrado en su universo de chatarrería, vegetando en el dulce limbo de la componenda más rabisca y aparentemente imposible. Porque —sirva de advertencia a los incautos— no se vaya nunca a un tío Mañicas serio, reputado de tal, con la torpe pregunta "¿sería Vd. capaz de arreglar me este chisme que lleva tres meses parado?" No se vaya, digo, con tan imprudente cuestión porque, en ese mismo instante, como espoleado, saltará el tío Mañicas de su asiento y se le verá alzar la vista como solicitando temperancia al cielo. Y bajándola luego nublada por la ira del reto, sus frenéticas manos ansiarán agarrar el chisme para reducirlo a polvo de piezas sueltas a fin de volver más tarde tuerca a tuerca, tornillo a tornillo, émbolo a émbolo, a ganarle la partida al chisme recomponiéndolo pacienzudamente o reinventándolo si preciso fuera.

—¿Decía Vd?

—Es que me han dicho que Vd. lo arregla todo.

¿Y bien?

Los dientes metálicos del torno ya tienen preso el cuerpo del metal, que gime acuciado por los continuos golpecitos del martillo. El tío Mañicas deja el martillo y se apresta a limar los cantos para que unan mejor.

Es cosa de mi hija; mi hija es joven, y ya sabe Vd. Las cosas de los jóvenes de ahora...

Se nota que la mujer transpira y tiembla, evidentemente no sabe explicarse, no sabe cómo exponer el caso. Resulta que en el pueblo es resuelta y parlanchina; pero en la ciudad, sin embargo, se le traba la lengua por el temor a meter la pata o soltar algún inconveniente.

—Es que mi hija se va a casar, ¿verdad usted? Y me ha dicho que venga a ver si usted que lo arregla todo, podría arreglarla...

En esto el visionario tío Mañicas se incorpora, airado, deja el martillo, da vueltas al torno, recoge con las manos las virutas de metal, las deja caer en el cajón, lo cierra, mira a la mujer con cero duro, extiende el índice en dirección a la puerta y dice, es decir, ordena a grito pelado:

—Eso es lo único que yo no arreglaré jamás.

La mujer se va volando, ¿qué fue? ¿qué dijo? no sabe que haya podido decir de malo o qué haya podido entender el tío Mañicas . Este la ve salir con complacencia. Su cabeza se agita como un péndulo, en tanto que sus ojos crispados acusan un ligero tic nervioso, un cero de claro enojo.

— ¡Pues no faltaría más que arreglar también esas cosas!

El tío Mañicas vuelve a su trabajo. Piensa que le ha dado la tarde la mujer con lo que creía ser una proposición inatendible, aunque ahora piensa que igual fue que se explicó mal o que él no la dejó explicarse. No sabe qué fue que le hizo enojarse el tío Mañicas , quizá el "si usted podría..." Pero al poco se olvida de todo nada más coger la máquina basculante que no carbura, que desmiente su función. Y así le da la noche, pues el tío Mañicas se embebe talmente en el trabajo que tiene por norma no levantar cabeza hasta que su esposa le recrimina desde la cocina:

—Amos, anda, deja eso que ya está bien por hoy ¿no te parece? Date prisa que la cena está lista, chacho.

Al recibir el anuncio, el tío Mañicas mira como si no viera, se levanta muy sumiso y marcha derecho al cuarto de baño que antes era despensa, donde a buen seguro le espera algún diario atrasado. Sentado, es de suponer que confortablemente, en una vieja pollera acondicionada para el menester, lee con mucha atención. (Gusto que comparte con no pocos españoles que también tiene por sillón de lectura el inodoro). Por la página extendida de brazo a brazo desfilan sus ojos miopes y estrábicos deteniéndose únicamente en los grandes titulares. De cuando en cuando el tío Mañicas esboza una sonrisa de satisfacción, difícil saber si a causa de un chiste o porque el supo de glicerina surte efecto. Según la inclinación conque tire de la cadena, sincroniza al instante con una u otra emisora. En la pared, junto a la jabonera, tiene instalada una caja de farías vacía que, accionada por medio de un pedal de máquina de coser, proyecta a su boca, directamente y con la angulación precisa, un Celta ya encendido. El tío Mañicas no se priva de nada en su pequeño Edén. Si da una patada en cierta losa apaga las luces; si abre el grifo de la ducha recibe una ilusoria lluvia de confetti y sempertinas. La alcachofa invertida del bidet proyecta en cascada luces psicodélicas que armonizan con la Quinta Sinfonía de Beethoven y la Sonatilla de Mozart, esas que estudian los chicos de Solfeo para martirio de sus vecinos y que él tiene registradas en un magnetofón. En su cuarto de baro climatizado el tío Mañicas tiene instalado, además de lo dicho, una pecera, un palomar, un mechero de gas, dos cassettes, varios tocadiscos y radios y una trompeta de gramófono que hace las veces de portadora del papel higiénico. En el cuarto de baño de un tío Mañicas —habla la experiencia— hacer las necesidades propias del desyantamiento siempre resulta complicado; pero también, porqué no decirlo, locamente delicioso. En el cuarto de baño de un tío Mañicas contemporáneo lo que parece water es lavabo; el lavabo es un brasero de cobre; la pollera es inodoro... Ocurre, sin embargo, que el tío Mañicas no deja entrar a nadie en él. Y hace bien, porque ese es el Olympe donde él se reúne, en tránsito, con los dioses, especialmente en el supremo momento en que el supo de glicerina vence, al fin, la oposición del estreñimiento, y sus uñas renegridas araran a las divinidades, sus divinidades de chatarrería recuperada.

El tío Mañicas aguarda allí a que le llamen. A que vuelvan a llamarle, habría que decir, perdón, que escribir. La primera llamada de su mujer la ignora; la segunda, la esquiva; a la tercera, sale.

—Anda, hombre, que se ha roto el horno y no tosta el pollo , conque mira a ver si lo arreglas.

—Llama al electricista —responde terne y de inmediato el tío Mañicas —, que por hoy no hago más componendas. Y sus ojos se revisten de valor.

La mujer sin embargo no porfía ¿para qué? Simplemente le mira, y en tanto lo hace, tamborilea el pie en las losetas del suelo y procede a secarse las manos en la punta del maldil, una tras la otra.

El tío Mañicas la mira con virilidad quebrada. Lejos de su ánimo discutir. No quiere enfados. No quiere riñas. Da media vuelta y se va al taller. Al cabo de un rato aparece con unos alicates y un destornillador.

—A ver qué hay que arreglar. —dice; marido al fin.

Y la mujer le tiende el delantalón de lona camionera para que no se manche el paro de la camisa a cuadros.